

De la Novela

POR AGUSTIN YAÑEZ

La novela es, entre todas las formas literarias, la que mejor capta la realidad nacional, porque la jurisdicción y recursos del novelista son ilimitados: dispone lo mismo del diálogo, de la intensidad característica, del dinamismo concentrado, de todas las otras categorías del dramático, que de la quintaesencia expresiva de lo lírico, y aun se le permite incursionar por los campos del ensayo; narra y describe; sugiere significaciones o las agota; juega con el tiempo y el espacio sin leyes que se lo estorben; practica la unidad de acción mediante libérrimos principios encaminados a cerrar un mundo arquitectónico, plenamente autónomo; salta de la consciencia a la subconsciencia, de lo real a lo irreal, de lo posible a lo imposible, guiado por una lógica privativa; copia e inventa, compromete, contrapone, condensa, encadena, libera, bien que al fin sea sólo intérprete y seacuz fiel de las criaturas que ha puesto en movimiento dentro de circunstancias inviolables.

En los tiempos modernos es el novelista quien cumple más directamente la función de vate, conferida de antiguo a los poetas, pues al captar la realidad en las mallas de la ficción, el novelista descubre los signos del futuro y advina el destino de las sociedades en la cifra de algunos personajes y situaciones, con que la imaginación creadora fija el ser, el carácter y el devenir de los pueblos. Por esto el novelista es también constructor nacional. Para Francia lo son Stendhal y Balzac, Flaubert y Zola; para España, Cervantes y Galdós; para Rusia, Dostoyevsky y Tolstói; para los Estados Unidos, Faulkner y Dos Passos.

Así, fomentar la tarea creadora de los novelistas es empresa de alto patriotismo.

Menos que ninguna de las nobles artes, la novela no puede ser obra de inspiración momentánea, ni de casualidad feliz o improvisación audaz. El novelista no es narrador ameno de experiencia más o menos mezcladas con fantasías; tampoco, simple psicólogo, doctrinario ni apologistas; en sí solos le son insuficientes los datos de la observación, por penetrante que se le sponga, y el caudal de sentimientos e ideas, aun cuando sean magníficos. Tarea de grandes síntesis, el arte del novelista se asemeja al del arquitecto, el músico

y el muralista unidos; pero todavía excede la problemática de la novela, con sus dobles dimensiones de tiempo y espacio, de dicción y realidad. Sí, la novela es como una catedral, como una sinfonía, como un extenso fresco; pero algo más: la vida misma recreada por el poder del artista, y una visión del cosmos encerrada en términos precisos, aquí y ahora; por eso las grandes novelas al mismo tiempo son universales y nacionales; limitadas en atmósferas muchas veces precarias por exceso de localismo, respiran aires de eternidad, en la medida en que cifran la vida humana valiéndose de personajes y situaciones con autenticidad inscriptible.

Más que ninguna de las otras nobles artes, la novela es larga paciencia; requiere consagración absoluta en que se asocie la riqueza vital y el dominio del oficio, el sentido de la realidad y la intuición estética, el análisis de las cosas menudas y la soberana síntesis de la armonía. Notario y fotógrafo, el novelista es ante todo poeta: el máximo poeta de la realidad inmediata, con los riesgos peculiares de lo anecdótico, lo accidental y transitorio; poeta, sí, es decir: transformista de lo secundario en lo esencial; de lo miserable y feo, de lo repugnante y vulgar en lo inmarcesiblemente bello; transformista de lo natural en lo artístico, sin desfigurar los datos de la percepción, pero recreándolos en superior especie de realidad contra la que nada pueden los reveses del tiempo, las vicisitudes de los gustos ni las modas.

Creador de destinos, estados, opiniones y coyunturas, el novelista debe tener la pureza del santo y la malicia del protervo, la sabiduría del entendido y la ignorancia del necio, el cálculo del comerciante y la generosidad del artista, el desencanto del viejo, la ilusión del joven, la ingenuidad del niño, la complejidad de la mujer y la fuerza del varón; sacerdote y forajido, médico y paciente, abogado y reo, director y hombre de la calle, la sensibilidad del novelista exige maleabilidad máxima y, sin embargo, tiene que ser hombre de una pieza, con estarle impuesta la más escrupulosa impasibilidad, que lo convierte en espectador oculto de sus propios manejos, hallándose vedado el tomar partido, emitir opinión personal o

EL PUERTO DE LIVERPOOL, S. A.



NO OLVIDE QUE

SI ES DE
EL PUERTO DE

LIVERPOOL

TIENE
QUE SER
BUENO

hacer acto de presencia precisamente allí donde todo el está presente, y opina, y toma partido, y sentencia, y ejecuta.

¡Cuán larga paciencia! ¡qué nutrida preparación y absoluta entrega exigen las voces que llaman a este oficio que tanto tiene de divino; cuánto el novelista es creador de universos; cuánto sale de sus manos un género de criaturas convocadas a la inmortalidad! Soberbia y desaliento lo tientan y a la vez grandeza y miseria son las dimensiones en que se mueve. Lo sublime y lo ridiculo estrechan sus pasos. Lo demasiado humano lo amenaza, tanto como la idealización desmesurada. Las tesis y las antitesis se salen constantemente el encuentro. El idioma le ofrece vulgaridades y tropiezos. La vida se rebela a ser aprendida. Los problemas del grupo a que pertenece rechazan la veste con que se trata de representarlos y el orden del arte que quiere imponerles. De andar por el barro sin mancharse. Toca las estrellas y no puede poseerlas. Encuentra el amor, forja las riquezas, descubre los placeres, para enajenarlos. Al través de otros, no más que fantasmas, goza las aventuras que para sí desea, incapacitado de arrebatarlas. De-

miurgo de paraísos, espejismos, ilusiones en suma, se paga con saber o proveer que su obra será más fuerte que la muerte, que la belleza de las mujeres que ha creado resistirá el oprobio de los años, y las pasiones que ha encendido permanecerán inmutables, y los diagnósticos hechos por él se cumplirán, y los caminos que ha trazado se alcanzarán.

Cómo pensar que un pueblo plasmase su compleja realidad y descubra los signos de su futuro en la novela, si la considera como trabajo marginal, de aficionados, en el sentido peyorativo del término. Pueblos con esta despreocupación por sus hombres de letras, quizá pudiesen conseguir la luz relampagueante de la lirica; pero no la vía láctea de la novela ni el teatro auténticos.

Digámoslo sin ambages: en México va siendo inaplazable la adopción de un sistema que otorgue al trabajo literario un tratamiento por lo menos igual que a las otras bellas artes. Mientras pintores, músicos, arquitectos, escultores, bailarines, disponen de estudios profesionales, de becas, de viajes al extranjero, de facilidades para crear y actuar, el escritor mexicano sigue produciendo al margen de



SON UNIVERSITARIOS MEXICANOS

LOS TECNICOS DE

Laboratorios "MYN", S. A.

SUEROS BIOLÓGICOS, VACUNAS E INYECTABLES

otras ocupaciones: empleado, periodista, profesor, a lo sumo, como hace cincuenta o cien años, diplomático; la carrera de letras depara la docencia o la investigación, sin que sean admitidas en los exámenes de grado las obras de creación, que podrían ser analizadas y discutidas como materia del acto académico. Nuestra literatura vive de milagro, al azar, como la lotería; por eso es raquítica y desigual. Vocaciones poderosas no faltan; pero se malogran. Cuando apunta una estrella pronto se apaga; cuando parece que a la gran pintura de México seguirá el gran teatro, la novela en grande, la lírica definitiva, desvanécese las esperanzas, los buenos augurios. Condiciones iguales a las que hicieron posible nuestra indiscutible grandeza plástica universalmente consagrada, existen para el advenimiento de novelistas equivalentes a los maestros de la pintura mexicana moderna; la temática, las urgencias y solicitudes de la vida nacional son materia común del arte; pero los estímulos y el ambiente de trabajo son diversos; en tanto unos pudieron entregarse por completo a su obra de creación y viven por ella y para ella, los otros han de trabajar en los espacios que les dejan libres las exigencias perentorias de su ocupación principal. El ar-

te, para ellos, es la casa chica. Ni pueden objetarse casos de excepción en cuanto a obras sobresalientes. El panorama general es lo que cuenta.

La edad de hierro, la etapa heroica que siguen viviendo las letras mexicanas debe tocar a su fin. Como la del músico, la del pintor, la del arquitecto, la principal actividad del escritor debe ser escribir; por ella y para ella debe vivir. El ominoso mecenazgo a medias, que ha consistido en empleos o en impresiones de libros, debe acabar.

A este fin conspira, entre los intentos que reclaman organización sistemática y permanente, la noble iniciativa de *El Nacional* que hoy alcanza su primer fruto. La cocha obtenida en esta prueba, confirma la riqueza de materiales y la abundancia de operarios, en espera del calor propicio para fraguar la edad de oro de nuestra novela, que hace tanto tiempo ve de cerca, sin alcanzar, la tierra prometida, cuyos confines son más dilatados y espléndidos que los dominios por otros descubiertos.

Cuanto queda dicho nos hace poner nuevo énfasis en repetir que el fomento de la novela nacional es empresa ingente de patriotismo.

El Centenario de...

(Viene de la página 4)

ter. Prescindiendo en beneficio de mis oyentes de las características hereditarias, raciales y ambientales que ya han sido estudiadas por los psiquiatras y que nos llevarían muy lejos de nuestra intención.

Con la edad, los achaques de Cajal aumentaban. Su vida se fué retrayendo hasta no salir de casa. Inversamente, los homenajes se sucedían recordándole que en todo el mundo se le admiraba. No dudó en afirmar que, de todos los homenajes, el que más le satisfizo siempre fué ver cómo se afirmaba su escuela histológica y cómo venían del mundo entero a visitarla. No hubo investigador interesado en la neurología que no acudiese a recibir el esparadazo de la escuela madrileña. Alemanes, franceses, ingleses, austriacos, eran visitantes frecuentes. Allí conocimos a Penfield, el gran neurocirujano canadiense; y la presencia de los americanos de habla española era continua. Entre ellos se destacaba el grupo mexicano. No quiero citar nombres por no incurrir en omisiones, pero sí quiero recordar que el propio don Santiago expresa en su libro cómo los más fervorosos plácemes de esta época de su vida llegaron de México y señala como inspirador de este fervor hacia él en el país hermano a don Tomás Perrín, nuestro querido maestro.

Tal vez fué en alguna de estas visitas u homenajes cuando llegaron a sus manos las célebres monedas de oro con el águila azteca aparecidas cuando se abrió la caja fuerte que contenía los muchos premios y medallas que recibió en su vida.

Estos últimos momentos de Cajal fueron muy serenos. Don Santiago esperaba la muerte con tranquilidad, con la conciencia segura de su labor. Con excepción de sus más allegados, todos los demás dejamos de verle. En el retiro de su casa, escribía infatigable; pretendió dejar una descripción de cómo evolucionaba su enfermedad. Así lo sorprendió la muerte. Existe una última cuartilla —esa cuartilla que ha glosado don Tomás Perrín— donde con letra cada vez más insegura, hasta convertirse en indecifrable, escribe su sensación subjetiva de la uremia por deshidratación que acabó con su vida.

Una tarde plomiza del octubre de 1934 un pequeño grupo de amigos y colaboradores nos reunimos en la penosa tarea de sepultar a don Santiago. Una fosa simple en el popular cementerio de la Almudena recogió sus restos. Quedó entre el pueblo, mezclado con la masa de aquellos mismos para quienes diera su gloria y su triunfo.

Así se fué la materia; sin embargo, el espíritu quedó vivo. Quedó palpitante y activo en la escuela de trabajadores que él fundara. Quedó universalmente difundido en las verdades que él descubriera. En todos los idiomas y en todos los ámbitos de la tierra, cuando el más modesto estudiante que se inicia o el más encumbrado profesor que explica llega al sistema nervioso, Cajal revive, revive en sus ideas que por ser verdades en beneficio de la humanidad quedaron ingravidades en el tiempo por los siglos de los siglos. Y revive en las mentes de los hombres como el símbolo y el ejemplo de lo que es capaz una inteligencia cuando pone todo su empeño en arrancar a la Naturaleza sus secretos más recónditos.

BANCO NACIONAL HIPOTECARIO URRANO Y DE OBRAS PUBLICAS, S. A.

Francisco I. Madero N° 32
MEXICO, D. F.

★

Capital autorizado:	\$ 125,000,000.00
Capital pagado:	43,155,200.00
Reservas:	27,779,841.30

★

Adquiera usted nuestros bonos hipotecarios; su producto se destina a la construcción de habitaciones populares y de obras y servicios públicos. Comprándolos, habrá usted hecho una inversión segura y obtendrá una renta semestral fija garantizada.

El amplio mercado de nuestros bonos asegura a usted la liquidez de su inversión por la venta inmediata de los títulos que siempre puede usted efectuar.

Texto aprobado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio N° 601-II-29967 del 18 de diciembre de 1951.



Ingenieros
Civiles
Asociados
S. A. de C. V.